

Presentación

Rodolfo Kusch: La ira de los dioses

Mario C. Casalla

Pocos autores tan originales, innovadores y creativos, como Rodolfo Kusch (1922-1979) dentro del panorama de la filosofía argentina del siglo XX. Muerto prematuramente en Buenos Aires (a los 57 años de edad), se encontraba en plena producción creadora pero, lo basta allí hecho y publicado, constituyen méritos de sobra para ocupar un lugar destacado, dentro de aquellos intelectuales argentinos que contribuyeron a pensar y expresar nuestra identidad nacional.

Nacido en Buenos Aires, un 22 de junio de 1922, Günter Rodolfo Kusch –algunas de sus obras llevan esta firma completa– pertenecía a un hogar de madre alemana, quien le hablaba en ese idioma, que luego lo habilitará para el conocimiento directo de las grandes obras de la filosofía clásica europea. En él confluyen, entonces, un profundo conocimiento de aquéllos grandes sistemas (muy especialmente el idealismo alemán, la fenomenología de Husserl, el existencialismo de Heidegger y, por otra vía, la sugestiva lectura cultural de Jung), junto a una intensa y decidida pasión americanista. Esta, a su vez, lo llevó a profundizar –siempre desde un interés filosófico básico– sus conocimientos de arqueología, antropología, literatura, arte e historia de América, sobre todo lo referido a la gran civilización del incaico y su supervivencia más allá de las épocas. De allí que en su desvencijado escritorio y revuelta biblioteca pudiesen convivir, a un tiempo y sin dificultad, Ser y tiempo de Martin Heidegger con el Popol Vuh, o poemas anónimos quechuas junto a la Crítica de la razón pura de Kant. En realidad, él era su síntesis. Tanto en lo vital, familiar, como en lo intelectual. Y a los libros, habría que agregarle dos elementos que también le fueron vitales: el grabador –para ese peculiar trabajo de campo que, desde lo antropológico, le proporcionaba material directo para su indagación filosófica– y la máquina fotográfica, ojo caliente en sus manos, siempre buscando registrar esa peculiar estética de lo americano. Con ambos podía vérselo, tanto en medio de las murgas en un carnaval porteño, como con una informante directa en la puna jujeña.

Y siempre bien aceptado, siempre sabiendo cómo, cuándo y dónde preguntar; a pesar de ese pelo rubio engominado y esos ojos azules que de entrada lo delataban como “el gringo”. Porque sabía muy bien que lo esencial era participar y entregarse a lo popular, antes que la fría mirada del turista o del arqueólogo académico. Toda la vida y la obra de Kusch podría ser calificada como una obstinada, paciente y estudiosa meditación y participación en lo popular. Y esto era para él sagrado, en medio del asfalto de Buenos Aires, o en el más apartado pueblito del noroeste argentino y su adyacente Bolivia (su “habitat” natural, a pesar de ser también un porteño de ley).

Por esto no es de extrañar que con las instituciones oficiales de la educación (universidades, institutos, academias) se desconfiaban mutuamente: Kusch no servía para estar atrapado en su rutina, ni lo que enseñaba tenía demasiado que ver con programas y asignaturas rígidas y estables. En este orden hay que registrar su paso por el Instituto del Profesorado en Bellas Artes “Prilidiano Pueyrredón” –dejando un recuerdo imborrable en muchos de sus alumnos y sólidos interlocutores en el mundo de la plástica– y, entre 1973 y 1976, su designación como profesor titular en la entonces flamante Universidad Nacional de Salla, donde además de la cátedra de filosofía ejerció la dirección del Servicio de Relaciones Latinoamericanas de esa universidad, estando así en pleno contacto con aquella riquísima área cultural que es nuestro NOA y sus adyacencias puneñas. Compartimos allí nuestro ingreso y egreso de ese mundo universitario ya que, en marzo de 1976, el gobierno militar de facto decidió que Rodolfo Kusch y muchos más sobrábamos en las universidades argentinas. De allí en más se inició el exilio interno: Kusch, nuevamente fiel al llamado de la tierra y sin fortuna personal alguna, se refugió en una humilde casita de Maimará (en plena quebrada de Humahuaca), con la compañía de su mujer Elizabeth y sus dos pequeños hijos varones. No obstante su producción continuó con la edición de dos obras claves en su extensa bibliografía: Geocultura del hombre americano (Castañeda, 1976) y Esbozo de una antropología filosófica americana (Castañeda, 1978). Es a estos dos libros que hay que agregar tres más anteriores –dentro de una bibliografía general de casi setenta escritos– para tener lo medular de su esquema de pensamiento: La seducción de la barbarie (Raigal, 1953); América profunda (Hachette, 1962, Faja de honor de la SADE) y El pensamiento indígena y popular en América (Cajica, 1970. Premio Nacional de Ensayo Juan B. Alberdi de ese año).

Su pensamiento filosófico

Rodolfo Kusch es un pensador esencialmente heterodoxo, que lee y estudia la mejor tradición académica, pero en función de su propio interés casi obsesivo: dar cuenta del ser americano y del mandato cultural que de él surge. De allí que en su propia generación filosófica haya resultado tan original como poco difundida; mientras que a partir de los años '70 encuentra un nuevo espacio y aliciente de reflexión. Se trataba del grupo de nuevos y más jóvenes filósofos argentinos y latinoamericanos que fueron conformando –heterogéneamente es cierto y desde diferentes posturas filosóficas y sociales– la corriente genéricamente denominada “filosofía de la liberación” (con sus correlatos en el campo de la teología y de las ciencias sociales). Dentro de ella –cuyo órgano de expresión más, importante en la Argentina fue esta Revista de Filosofía Latinoamericana (Primer Época)– la posición de Kusch expresaba la del sector más ligado a la indagación de nuestra propia identidad nacional desde sus propias categorías, rechazando cierta postura universalista, también en boga en aquellos años. En lo político y social –también referentes inexcusables de la época– se ubicaba dentro de una postura democrática y popular, moderada, que encontraba desde lo cultural un referente político en el justicialismo. Pero no fue un hombre de partido, ni un político militante. Su esfuerzo principal estaba en el terreno del pensamiento y, desde allí, su obra adquiriría trascendencia en una América Latina que, dolorosamente, buscaba entenderse a si misma y proyectarse en un horizonte de justicia. Se trataba entonces, el suyo, de un pensamiento jugado y comprometido con lo real; hecho de afirmaciones fuertes y meditadas, que provocaban en su interlocutor la necesidad de revisar viejas categorías y contrastarlas con ese mismo “real” que es lo americano.

Este, para Kusch, implicaba un corte ontológico profundo con la cultura europea moderna (superpuesta, desde el siglo XV, a ese ser originario de América). En este continente “nuevo” hay también una sofía (“extraña sabiduría” dirá Kusch) pero no una “filosofía” en el sentido europeo-occidental de este término.

La europea es esencialmente una cultura masculina, de un yo dominador que, muñido de su ciencia y tecnología, actúa y modifica el mundo a su antojo.

En cambio la americana es una cultura femenina: de la primacía del estar por sobre el ser; donde lo real prima por sobre el sujeto y ese "estar abierto" al juego de fuerzas de lo "real"; es un juego dramático sin certezas. De aquí que, mirado con ojos europeos (o europeizados), esta América resulte horrorosa y casi incomprensible. Ambos tipos de cultura se superponen conflictivamente en el mestizaje (característica básica de lo americano actual) y en él lo profundo actúa "vegetalmente" (devoradoramente) sobre lo europeo superficial. Esto tanto en las ciudades como en el campo; mucho más acentuadamente, por cierto, en este último.

Este corte cultural profundo supone –ya en el nivel de la filosofía– dos direcciones distintas para el pensar: o aferrarse al "ser" y desear "ser alguien"; o ser capaz de afrontar ese "estar" originario y permanecer en él. Lo que Kusch llama el "estar aquí" o el "mero estar" que, lejos de implicar la impotencia o el desapego del hacer, nos compromete con otra forma de la acción y de la conducta. Para contrastar más aún estas dos direcciones, Kusch elabora una serie de categorías polares, cuya primera denominación corresponde al orden del "ser" y la segunda al del "estar": racional/irracional; la pequeña historia/la gran historia; lo animal/lo vegetal/la lógica de la afirmación, frente a una "lógica de la negación". Y toda otra serie de oposiciones (sin solución dialéctica, a la hegeliana), cuyas denominaciones van cambiando o recombinándose en sus diferentes obras. Ambas actitudes –y esto es esencial comprenderlo– se dan mestizamente en todos nosotros, los americanos, y según predomine la una o la otra comprenderemos mejor o no lo que nos pasa en esta América que habitamos. Al respecto en su primera obra, La seducción de la barbarie (1953), ya podemos leer; "De ahí el continente mestizo. América se encuentra irremediabilmente escindida entre la verdad de fondo de su naturaleza demoníaca (el estar,) y la verdad de ficción de sus ciudades (el ser)". Precisamente en América profunda (1962): "Uno es lo que llamo ser, o ser alguien, y lo descubro en la actitud burguesa de la Europa del siglo XV y, el otro, el estar aquí, que considero como una modalidad profunda de la cultura precolombina. Ambas son dos raíces profundas de nuestra mente mestiza –de la que participamos blancos y pardos– y que se da en la cultura, en la política, en la sociedad y en la psique de nuestro ámbito."

Esta fractura lo lleva a Kusch a bucear –combinando heterodoxamente a Jung con Heidegger y el existencialismo– en temas de antropología y psicología profunda. En su versión la existencia es un drama: hay un miedo original común a toda la especie humana (ancestral). Es un miedo a perder las pocas cosas que constituyen nuestra realidad (reducida) el cual, a su vez, adviene cuando somos capaces de reconocer nuestra original indigencia frente a las fuerzas y poderes que no somos nosotros y que, arquetípicamente, llamamos Dios. Lo que buscamos es así protegernos de esa “ira de Dios”. Este estado emocional profundo, insoportable, genera dos posibles respuestas: la de negar ese miedo y así aferramos a nuestros precarios instrumentos de poder (ciencia y filosofía a la europea); o la de asumirlo y contar con él en todos nuestros actos, hijos así tanto de la voluntad como del miedo. Lo primero nos permite “ser alguien”, pero lo reprimido queda moleestamente en nuestro inconciente (individual y colectivo); mientras que lo segundo genera ese “estar” típicamente americano.

La actitud negadora del miedo ancestral nos sumerge en una cultura sin peso ontológico y de carga fuertemente subjetiva (“un mundo sin objetos y con sólo el hombre”). En cambio la actitud que asume ese miedo devuelve peso ontológico al mundo restableciéndose así el equilibrio originario de hombres y cosas (con primacía de éstas, que lo enfrentan y minimizan en su omnipotencia). Reaparece así, aún en medio de nuestra cultura tecnológica y del poder humano, ese “mundo cargado de dioses y de demonios” que en el Altiplano nunca se perdió del todo.

Y es precisamente en una voz de ese Altiplano, donde Kusch encuentra fundamentos lingüísticos para su estar.- en quechua el verbo copulativo cay, equivale a lo que en castellano nosotros separamos como “ser” y “estar”. Sin embargo allá, se trata de un ser con marcada significación de estar. Su forma de predicativo (es-está), se refiere al sujeto de la oración bajo la forma de la accidentalidad y no conlleva la necesidad de “sustancias” como en castellano. En aquél mundo indígena cargado de dioses –pero también en nuestro prolijo mundo ciudadano, por debajo del asfalto– lo que es o está, bien podría no ser o no estar.

El quéchua no tiene verbos que designen conceptos abstractos, sino que señalan la adjudicación pasajera de cualidades a un sujeto pasivo. Este no se altera con la acción, sino que cambia de tonalidad según sea la que sobre él se ejerce. De allí que se trate de una cultura profundamente estática, que nos exaspera a nosotros, los hombres de las ciudades, que "somos alguien".

El miedo y la historia

Fue una tarde en Buenos Aires, poco antes de irnos a vivir a Salta y hacernos allí cargo de nuestras respectivas cátedras en la flamante Universidad Nacional. En medio de una larga conversación sobre el clima de la época y la densidad de acontecimientos más o menos inminentes, Rodolfo se levantó, se dirigió hasta los estantes de una revueltísima biblioteca y volvió con una separata de este breve artículo. Estábamos en los finales de 1972 y la historia era tanto un cachetazo en la cara, como una palpable posibilidad de cambio. No se cómo la palabra "miedo" había aparecido en el medio de nuestra muy reflexiva conversación filosófica y era evidente que con este breve trabajo que me daba a leer quería fundamentar mejor su posición. Veintidós años después y en medio de un contexto cultural absolutamente diferente, me parece que este ensayo sigue conservando la frescura de una tesis provocadora y sugerente. Como casi todo lo que Rodolfo Kusch ha escrito. En la coincidencia o en la discrepancia, lo que su lector o interlocutor no puede negar era esa comprometida originalidad de Kusch.

"El miedo y la historia" que aquí reproducimos fue escrito en 1968 y publicado al año siguiente en la desaparecida revista Comentario (número 64, Buenos Aires, enero-febrero de 1969, pág. 3a 11). A posteriori, que sepamos, no fue reeditado. Esta circunstancia, unida a aquella provocadora vigencia, son motivos más que suficientemente para incluirlo en esta sección Documentos de la Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales que él mismo cofundara en 1975.